

Nuestra necesidad de consuelo es insaciable...

Mayo 1952



Stig Dagerman¹

¹ **Stig Dagerman** (1923-1954). Escritor sueco, nacido en Älvkarleby, hijo de padres proletarios, milita desde muy joven en los círculos anarcosindicalistas y escribe para su prensa. Entre los 21 y 26 años escribe cuatro novelas, cuatro piezas de teatro, una colección de novelas cortas y un gran número de artículos, crónicas y reportajes: *La serpiente*, *La isla de los condenados*, *El niño quemado*, *Preocupaciones de boda*, *Los juegos de la noche*, *Otoño alemán*. En 1952, dos años antes de suicidarse, escribe *Nuestra necesidad de consuelo es insaciable*, especie de testamento de una decena de páginas, que aquí publicamos.

Título original
Vårt behov av tröst är omätligt...

Traducción del sueco
José M^a Caba

Edición
Al Margen. Valencia
Etcétera. Barcelona

Fundació D'Estudis LLibertaris i Anarcosindicalistes. Barcelona

Fotografía
Revista Cenit. Toulouse

Índice

Nuestra necesidad de consuelo es insaciable

Anexos:

Stig Dagerman, un escritor anarquista. *Marc Tomsin*

El anarquismo y yo. *Stig Dagerman*

Stig Dagerman, o la tragedia del genio. *Federica Montseny*

Nuestra necesidad de consuelo es insaciable

Estoy desprovisto de fe y no puedo, pues, ser dichoso, ya que un hombre dichoso nunca llegará a temer que su vida sea un error sin sentido hacia una muerte cierta. No me ha sido dado en herencia ni un dios ni un punto firme en la tierra desde el cual poder llamar la atención de dios; ni he heredado tampoco el furor disimulado del escéptico, ni las astucias del racionalista, ni el ardiente candor del ateo. Por eso no me atrevo a tirar la piedra ni a quien cree en cosas que yo dudo, ni a quien idolatra la duda como si ésta no estuviera rodeada de tinieblas. Esta piedra me alcanzaría a mí mismo ya que de una cosa estoy convencido: la necesidad de consuelo que tiene el ser humano es insaciable.

Yo mismo persigo el consuelo como el cazador su presa. Por dondequiera que en el bosque lo vislumbre, disparo. A menudo no alcanzo más que el vacío; pero alguna que otra vez cae a mis pies una presa. Y como sé que el consuelo no dura más que el soplo del viento en la copa del árbol, me apresuro a apoderarme de mi presa.

¿Y qué tengo, entonces, entre mis brazos?

Puesto que estoy solo: una mujer amada o un desdichado compañero de viaje. Puesto que soy poeta: un arco de palabras que no puedo tensar sin un sentimiento de dicha y de horror. Puesto que soy prisionero: una súbita mirada hacia la libertad. Puesto que estoy amenazado por la muerte: un animal vivo aún caliente, un corazón que palpita sarcásticamente. Puesto que estoy amenazado por el mar: un arrecife de duro granito.

Pero también hay consuelos que me llegan como huéspedes sin haberlos invitado y que llenan mi aposento de odiosos cuchicheos: Soy tu deseo -¡ama a todo el mundo! Soy tu talento -¡abusa de él como abusas de ti mismo! Soy tu sensualidad -¡solamente viven los sibaritas! Soy tu soledad -¡menosprecia a los seres humanos! Soy tu deseo de muerte -¡corta!

El equilibrio es un listón estrecho. Veo mi vida amenazada por dos poderes: por un lado, por las ávidas bocas del exceso; y por otro, por la avara amargura que se nutre de sí misma. Pero rehúso elegir entre la orgía y la ascesis, aunque sea al precio de una confusión mental. Para mí no basta con saber que, puesto que no somos libres en nuestros actos, todo es excusable. Lo que busco no es una excusa a mi vida sino todo lo contrario a una excusa: la reconciliación. Al fin me doy cuenta que cualquier consuelo que no cuente con mi libertad es engañoso, al no ser más que la imagen reflejada de mi desespero. En efecto, cuando mi desespero me dice: Desespera, puesto que cada día no es sino una tregua entre dos noches, el falso consuelo me grita: Espera, pues cada noche no es más que una tregua entre dos días.

Pero de nada le vale al ser humano un consuelo brillante; necesita un consuelo que ilumine. Y todo aquel que quiera convertirse en una persona malvada, es decir, una persona que actúa como si todas las acciones fueran defendibles, debería, al lograrlo, tener al menos la bondad de advertirlo.

Son innumerables los casos en los que el consuelo es una necesidad. Nadie sabe cuando caerá el crepúsculo y la vida no es un problema que pueda ser resuelto dividiendo la luz por la oscuridad y los días por las noches; es un viaje imprevisible entre lugares inexistentes. Puedo, por ejemplo, andar por la orilla y sentir de repente el horrible desafío que la eternidad lanza sobre mi existencia y el perpetuo movimiento del mar y la huída constante del viento. ¡En qué se convierte entonces el tiempo sino en un consuelo por el hecho de que nada de lo humano es duradero y qué consuelo tan miserable que sólo enriquece a los suizos!

Puedo estar sentado ante la lumbre en la habitación menos expuesta al peligro y sentir de pronto que la muerte me rodea. Está en el fuego, en todos los objetos puntiagudos que me rodean, en la solidez del techo y en el grueso de las paredes, está en el agua y en la nieve, en el calor y en mi sangre. ¡En qué se convierte entonces el sentimiento humano de seguridad sino en un consuelo por el hecho de que la muerte es lo más cercano a la vida y qué consuelo más miserable que no hace más que recordarnos aquello que quiere hacernos olvidar!

Puedo llenar todas las hojas en blanco con la más hermosa combinación de palabras que mi cerebro pueda imaginar. Puesto que deseo confirmar que mi vida no es absurda y que no estoy solo en la tierra, junto todas estas palabras en un libro y se lo ofrezco al mundo. A cambio, éste me da dinero, gloria y silencio. Pero qué me importa a mí el dinero y qué me importa contribuir al progreso de la literatura; sólo me importa aquello que nunca consigo: la confirmación de que mis palabras conmueven el corazón del mundo. ¡En qué se convierte entonces mi talento sino en un consuelo a mi soledad y qué consuelo más terrible que sólo consigue que sienta mi soledad cinco veces más fuerte!

Puedo ver la libertad encarnada en un animal que atraviesa veloz un claro del bosque y oír una voz que murmura: ¡vive con sencillez, toma lo que desees y no temas las leyes! ¡Pero qué es este buen consejo sino un consuelo por el hecho de que la libertad no existe y qué implacable consuelo para quien entiende que el ser humano tarda millones de años en convertirse en lagarto!

Puedo, finalmente, descubrir que esta tierra es una fosa común en la que el rey Salomón, Ofelia y Himler reposan uno junto al otro. De lo cual concluyo que el verdugo y la infeliz gozan de la misma suerte que el sabio y que la muerte puede parecer un consuelo a una vida errónea. ¡Pero qué consuelo más atroz para quien querría ver la vida como un consuelo por la muerte!

No tengo filosofía alguna por la que moverme como pájaro en el aire o como pez en el agua. Todo lo que tengo es un duelo que se libra cada minuto de mi vida entre los falsos consuelos que sólo aumentan mi impotencia y hacen más profundo mi desespero, y los consuelos verdaderos que me llevan a la liberación momentánea, o mejor dicho: el consuelo verdadero, puesto que sólo existe para mí un consuelo verdadero, aquel que me dice que soy un hombre libre, un individuo inviolable, un ser soberano dentro de mis límites.

Pero la libertad empieza por la esclavitud y la soberanía, por la dependencia. La señal más cierta de mi servidumbre es mi temor de vivir. La señal definitiva de mi libertad es el hecho de que mi temor cede el sitio a la alegría de la independencia. Puede parecer que necesito la dependencia para poder conocer, al fin, el consuelo de ser un hombre libre, y seguramente es cierto. A la luz de mis actos me doy cuenta que el objetivo de toda mi vida ha sido labrar mi propia desdicha. Lo que podría traerme libertad me trae esclavitud y cargas en vez de pan.

Otra gente tiene otros señores. A mí, por ejemplo, me esclaviza mi talento hasta el punto de no atreverme a utilizarlo por miedo a perderlo. Además, soy de tal modo esclavo de mi nombre que apenas me atrevo a escribir por miedo a dañarlo. Y cuando al fin llega la depresión soy también su esclavo. Mi mayor aspiración es retenerla, mi mayor placer es sentir que todo lo que yo valía residía en lo que creo haber perdido: la capacidad de crear belleza a partir de mi desesperación, de mi hastío y de mis debilidades. Con amarga dicha deseo ver mis casas caer en ruina y verme a mí mismo sepultado en las nieves del olvido. Pero la depresión es una muñeca rusa y en la séptima muñeca hay un cuchillo, una hoja de afeitar, un veneno, unas aguas profundas y un salto al vacío. Acabo por convertirme en esclavo de todos estos instrumentos de muerte. Como perros me persiguen, o yo a ellos como si fuese yo mismo un perro. Y creo comprender que el suicidio es la única prueba de la libertad humana.

Pero, viniendo de un lugar insospechado, se acerca el milagro de la liberación. Puede acaecer en la orilla y la misma eternidad que, hace un momento suscitaba en mi temor, es ahora el testigo de mi nacimiento a la libertad. ¿En qué consiste este milagro? Simplemente en el súbito

descubrimiento que nadie, ni ningún poder ni ningún ser humano tiene derecho a exigirme que mi deseo de vivir se marchite. Ya que si este deseo no existe, ¿qué es lo que puede existir?

Puesto que estoy en la orilla del mar puedo aprender del mar. Nadie puede exigirle al mar que sostenga todos los navíos, o al viento que hinche constantemente todas las velas. De igual modo nadie puede exigirme que mi vida consista en ser prisionero de ciertas funciones. ¡No el deber ante todo, sino la vida ante todo! Igual que los demás hombres debo tener derecho a unos instantes durante los cuales pueda dar un paso al lado y sentir que no soy únicamente parte de esta masa a la que llaman población, sino una unidad autónoma.

Solamente en este instante puedo ser libre ante los hechos de la vida que antes causaron mi desesperación. Puedo confesar que el mar y el viento me sobrevivirán y que la eternidad no se preocupa de mí. ¿Pero quién me pide preocuparme de la eternidad? Mi vida es corta sólo si la emplazo en el cepo del tiempo. Las posibilidades de mi vida son limitadas sólo si cuento el número de palabras o de libros que tendré tiempo de escribir antes de morir. ¿Pero quién me pide contar? El tiempo es una falsa unidad de medida para medir la vida. El tiempo, en el fondo, es una unidad de medida sin valor ya que sólo alcanza las obras avanzadas de mi vida.

Pero todo lo importante que me ocurre y que da a mi vida un maravilloso contenido: el encuentro con una persona amada, una caricia, la ayuda en la necesidad, el espectáculo de un claro de luna, un paseo a vela por el mar, la alegría que se siente por un hijo, el estremecimiento ante la belleza, todo esto ocurre completamente fuera del tiempo. Da lo mismo que encuentre la belleza en el espacio de un segundo o de cien años. La dicha no solamente se sitúa al margen del tiempo sino que niega toda relación entre la vida y el tiempo.

Descargo pues de mis hombros el fardo del tiempo y, al mismo tiempo, la exigencia de sacar buenos resultados. Mi vida no es algo que deba ser medido. Ni el salto del ciervo ni la salida del sol son buenos resultados conseguidos en una prueba. Tampoco una vida humana es la superación de una prueba, sino algo que crece hacia la perfección. Y lo que es perfecto no realiza pruebas con buenos resultados, lo que es perfecto obra en estado de reposo. Es absurdo pretender que el mar está hecho para sostener armadas y delfines. Ciertamente lo hace, pero conservando su libertad. Del mismo modo es absurdo pretender que el ser humano esté hecho para otra cosa que para vivir. Ciertamente aprovisiona máquinas y escribe libros, y también podría hacer otras cosas. Lo importante es que, haga lo que haga, lo hace conservando su libertad y con la plena conciencia de ser, como cualquier otro detalle de la creación, un fin en sí. Reposa en sí mismo como una piedra en la arena.

Puedo incluso librarme del poder de la muerte. No es que pueda librarme de la idea que la muerte corre detrás de mis talones, y menos aún puedo negar su existencia; pero puedo reducir a la nada su amenaza dejando de apoyar mi vida en soportes tan precarios como el tiempo y la gloria.

Por el contrario no está en mi poder permanecer siempre vuelto hacia el mar y comparar su libertad con la mía. Llegará el momento en que tendré que volverme hacia la tierra y encararme a los organizadores de mi opresión. Entonces me veré obligado a reconocer que el ser humano ha dado a su vida unas formas que, al menos en apariencia, son más fuertes que él. Incluso con mi libertad recientemente alcanzada no puedo destruirlas, sino solamente suspirar bajo su peso. Por el contrario, entre las exigencias que pesan sobre el hombre puedo distinguir las que son absurdas y las que son ineludibles. Para mí, un tipo de libertad se ha perdido para siempre o por un largo tiempo: la libertad que procede de la capacidad de dominar su propio elemento. El pez domina el suyo, el pájaro el suyo, el animal terrestre el suyo. Thoreau dominaba todavía el bosque de Walden. ¿Dónde se encuentra ahora el bosque en el que el ser humano pueda probar que es posible vivir en libertad fuera de las formas congeladas de la sociedad?

Debo responder: en ninguna parte. Si quiero vivir libre debo hacerlo, por ahora, dentro de estas formas. El mundo es más fuerte que yo. A su poder no tengo otra cosa que oponer sino a mí mismo, lo cual, por otro lado, lo es todo. Pues mientras no me deje vencer yo mismo soy

también un poder. Y mi poder es terrible mientras pueda oponer el poder de mis palabras a las del mundo, puesto que el que construye cárceles se expresa peor que el que construye la libertad. Pero mi poder será ilimitado el día que sólo tenga mi silencio para defender mi inviolabilidad, ya que no hay hacha alguna que pueda con el silencio viviente.

Este es mi único consuelo. Sé que las recaídas en el desconsuelo serán numerosas y profundas, pero la memoria del milagro de la liberación me lleva como un ala hacia la meta vertiginosa: un consuelo que sea algo más y mejor que un consuelo y algo más grande que una filosofía, es decir, una razón de vivir.

(Mayo 1952)

ANEXOS

STIG DAGERMAN, un escritor anarquista

“El escritor anarquista (a la fuerza pesimista al ser consciente de que su contribución no puede ser más que simbólica) puede, por el momento, atribuirse con buena conciencia el modesto papel de gusano de tierra en el humus cultural que, sin él, quedaría estéril a causa de la sequía de las convenciones. Ser el político de lo imposible en un mundo donde los políticos de lo posible son muy numerosos es, a pesar de todo, un rol que me satisface a la vez como ser social, como individuo y como autor de *La Serpiente*.”

Stig Dagerman.

Es difícil imaginar que el día 5 de Octubre de 1997, Stig Dagerman habría cumplido setenta y cuatro años, de tal forma infancia y adolescencia marcaron su obra. “El Strindberg que yo amé era el Strindberg adolescente, solitario, encogido, que tiritaba, el que en las noches invernales de la vida llegaba a calentarse las manos en el fuego de la esperanza de ser, un día, capaz de prender un gigantesco fuego con todo lo que fuera frío, gris, podrido, triste y sucio. A ese adolescente yo lo comprendí y lo amé de la forma que sólo un adolescente puede comprender y amar a otro adolescente.” (Mi encuentro con Strindberg).

A los treinta y un años, el día 4 de Noviembre de 1954, Stig Dagerman se encerró en su garaje, puso en marcha el motor de su coche y se asfixió. La tarde anterior había entregado su último artículo “¡Cuidado con el perro!” al periódico de la Sveriges Arbetares Centralorganisation (SAC), Arbetaren (Trabajador), con el que colaboraba regularmente desde 1943.

A partir de 1941, a sus dieciocho años, Dagerman milita en el Círculo de la juventud sindicalista; en agosto de 1943 se casa con Ana María, hija de Fernando y de Elly Götze, anarcosindicalistas exilados de Alemania a la subida al poder de Hitler, y después de España, con la victoria de Franco. Gracias a esta boda la joven esposa obtendría la nacionalidad sueca. En unas declaraciones hechas en París en Enero de 1990 Ana María explicaba: “Quisiera decir algo que se desconoce en Suecia. Se dice que su padre fue anarquista lo cual no es cierto; su padre era sindicalista, que no es lo mismo. Mi padre sí fue anarco-sindicalista, las dos cosas a la vez. Fue él quien le hizo conocer el anarquismo a Stig. Juntos discutíamos mucho de ello durante los primeros años de nuestra vida en común; a menudo mi padre estaba con Stig y le hablaba mucho.”

El asiduo contacto con los refugiados españoles tuvo una profunda influencia sobre Stig Dagerman. Escribió en 1946: “En España, entre 1936 y 1939, el anarquista era considerado tan peligroso para la sociedad que se le disparaba desde ambos lados, no estuvo expuesto solamente, de frente, a los fusiles alemanes e italianos sino también, por la espalda, a las balas rusas de sus “aliados” comunistas (...). De una forma más o menos consciente se cierra los ojos ante el hecho, sin embargo capital, que la ideología anarquista unida a una teoría económica (el sindicalismo) desembocó en Cataluña, durante la guerra civil, en un sistema de producción que funcionaba perfectamente, basado en la igualdad económica y no en una nivelación mental, en la cooperación práctica sin violencia ideológica y en la coordinación racional sin asesinato de la libertad individual.” En Diciembre de 1954, Federica Montseny le tributó un bello y emotivo

homenaje en la revista *Cenit*, publicada en Toulouse, que acababa así: “era uno de los nuestros. (...) Lloremos la muerte de este hombre joven, inteligente y sensible, profundamente desgraciado, digno de vivir y de realizarse según su voluntad y su deseo, como lloraríamos la de un hermano o la de un hijo muy queridos.”

Hijo de padres proletarios (madre telegrafista y padre obrero itinerante poniendo raíles) que no vivieron juntos, Stig Dagerman fue educado por sus abuelos que lo cuidaron con esmero (“Mi abuelo y mi abuela son, de una cierta forma, los seres más dignos de estima que jamás haya encontrado”), hasta que su padre le hizo venir a Stockholm (la oposición entre la ciudad y el campo es un tema siempre presente en su obra). Fue un alumno brillante aunque silencioso y reservado: la escuela le parecía una cárcel. Por suerte había el espectáculo de la calle y, sobre todo, el cine que calmaba su temperamento nervioso e inquieto.

Dentro de los círculos anarco-sindicalistas Stig Dagerman militaba y escribía en la revista *Storm* (Tempestad) y más tarde en *Arbetaren*, ya de forma remunerada. (El SAC tenía una prensa importante y *Arbetaren* salía diariamente; un corresponsal no percibía un jornal superior al de un obrero.)

Entre los veintinueve y veintiséis años Stig Dagerman escribe cuatro novelas, cuatro obras de teatro, una colección de novelas cortas, un libro de reportajes y un gran número de artículos, de ensayos y de poemas. *La Serpiente*, novela sobre un grupo de jóvenes durante la Segunda Guerra Mundial, con su miedo y su angustia, su pavor individual y colectivo y sus vanos intentos por dominarlo, aparece en 1945. El libro es acogido unánimemente con entusiasmo por la crítica. En 1946, el joven escritor, que es corredor de la revista *40-Tal* y entorno a la cual se agrupa la nueva generación de autores suecos, publica *La isla de los condenados*, una gran novela alegórica sobre el fascismo, sobre el conflicto con la autoridad, en la que aún está presente la angustia de la soledad y de la culpabilidad. Este mismo año, durante el otoño, viaja a través de Alemania en ruinas. Sus crónicas aparecerán en 1947, *Otoño alemán*, y serán su primer relativo éxito en librerías.

También publica *Los juegos de la noche*, compilación de diecisiete novelas cortas. En 1948 aparece su tercera novela, *El niño quemado*, escrito en Francia, en Bretaña, “dentro de una gran soledad”, un libro sobre la adolescencia en el que puede leerse una extraordinaria carta de despedida del joven héroe antes de su intento de suicidio, “cansado de vivir aquí en un mundo de perritos. El mundo de pequeños perros, de sentimientos pequeños, de pensamientos pequeños...”. Empieza también la publicación de su obra de teatro *El condenado a muerte*, estrenada el año anterior en Stockholm.

En 1949, Stig Dagerman escribe y publica su última novela, *Fastidio de boda*, escrita bajo “la presión de todos aquellos que esperaban que otras promesas se realizaran, y durante el curso de innumerables viajes -o más bien de innumerables huidas- en todas direcciones... Un torbellino de inspiraciones amenaza con hacer bascular el libro, pero también esto era necesario para que pudiera ser la negación, tan importante para que me sea posible creer en mí, de *El niño quemado*.”

Cinco años le quedan de vida al hijo pródigo de las letras suecas que colabora todavía en el periódico libertario *Arbetaren*, ¿cinco años de silencio? De 1950 a 1954, empieza cuatro novelas, primeras páginas, primeras líneas, primer capítulo o último prólogo, *Dios visita a Newton*.

Tendríamos que hablar aún de pequeñas novelas, poemas, fragmentos en prosa reunidos en volúmenes después de su muerte, que podríamos relacionarlos con la “parte fantástica” de su obra, o con la “parte psicológica”, o con textos de inspiración autobiográfica -infancia, adolescencia- o de interrogación sobre la creación literaria (Kafka,...). Tendríamos también que abordar la influencia del cine en su obra y la de ésta en el cine: tres de sus novelas han sido objeto de tres largometrajes en los años sesenta. Por otra parte Dagerman pronto fue traducido al inglés, al alemán, al francés,...

Es preciso citar un extracto del breve texto que aquí se edita y que verdaderamente fue el que hizo que Stig Dagerman fuese descubierto en Francia en 1981 (mientras que su obra se había ya traducido progresivamente desde 1956), *Nuestra necesidad de consuelo es insaciable*: “El mundo es más fuerte que yo. A su poder no tengo otra cosa que oponer sino a mí mismo, lo cual, por otro lado, lo es todo. Pues mientras no me deje vencer yo mismo soy también un poder. Y mi poder es terrible mientras pueda oponer el poder de mis palabras a las del mundo, puesto que el que construye cárceles se expresa peor que el que construye la libertad.” (La ironía quiso que esta especie de testamento de una decena de páginas apareciera, en 1952, en Husmodern n° 13, semanario sueco de la mujer en el hogar).

En fin, no es posible resistir la tentación de citar a Stig Dagerman para aquellos que durante más de cuarenta años han comentado su obra solamente como literaria, existencial: “Hay un gran consuelo en el hecho de poder acostarse tranquilamente cuando los demás se levantan. Este consuelo esconde, durante unos instantes, la amargura de los hechos. Por ejemplo esto: pordioseo la reconciliación y la fraternidad pero todo lo que obtendré no será sino una apariencia estética. Sí, durante unos instantes este consuelo llega incluso a vencer aquello que para mí es el peor de todos los males: tener miedo de los hombres y escribir por dinero”.

Marc Tomsin.

El anarquismo y yo

Los detractores del anarquismo no se hacen todos la misma idea del peligro ideológico que éste representa y esta idea varía en función de su grado de armamento y de las posibilidades legales que tengan para hacer uso de él. Mientras que en España, entre 1936 y 1939, el anarquismo fue considerado de tal forma peligroso para la sociedad que se tiraba sobre él desde ambos lados (no estuvo expuesto solamente, de cara, a los fusiles alemanes e italianos sino también, por la espalda, a las balas rusas de sus “aliados” comunistas), el anarquismo sueco era considerado en ciertos círculos radicales, y en particular marxistas, como un romanticismo impenitente, una especie de idealismo político en los círculos liberales bien enraizados. De manera más o menos consciente, se cierra los ojos ante el hecho, sin embargo capital, de que la ideología anarquista, unida a una teoría económica (el sindicalismo) desembocó en Cataluña, durante la guerra civil, en un sistema de producción que funcionaba perfectamente, basado en la igualdad económica y no en una nivelación mental, en la cooperación práctica sin violencia ideológica y en la coordinación racional sin asesinato de la libertad individual, conceptos contradictorios que, desgraciadamente, parecen extenderse, cada vez más, en forma de síntesis. Para empezar, y a fin de rechazar una variedad de crítica antianarquista como la de la gente que confunde su pobre pequeño sillón de redactor con un barril de pólvora y que, por ejemplo a la luz de ciertos reportajes sobre Rusia, creen detentar el monopolio de la verdad sobre la clase obrera, tengo la intención, en las líneas que siguen, de detenerme sobre esta forma de anarquismo que es conocida, particularmente en los países latinos, con el nombre de anarco-sindicalismo y en los que se ha mostrado de gran eficacia no solo para la conquista de las libertades en otro tiempo sofocadas, sino también para la conquista del pan.

En la elección de una ideología política, este camino regio hacia un estadio de la sociedad que se parezca al menos en algo a los ideales soñados antes de darse cuenta que las guías terrestres son desesperadamente falsas, interviene, casi siempre, la toma de conciencia del

hecho de que la quiebra de las otras posibilidades, ya sean nazis, fascistas, liberales o de cualquier otra tendencia burguesa, o incluso socialistas autoritarias de todo tipo, no sólo se manifiesta por la cantidad de ruinas, de muertos y de lisiados en los países directamente alcanzados por la guerra, sino también por la cantidad de neurosis, casos de locura y de desequilibrio en los países aparentemente exceptuados como Suecia. El criterio de anomalía de un sistema social no estriba solo en la irritante injusticia en el reparto de la comida, la ropa y las posibilidades de la educación, sino que ha de alcanzar también a la autoridad temporal que inspire el miedo entre sus administrados. Los sistemas basados en el terror, como el nazismo, muestran al instante su naturaleza por una brutalidad física que no conoce límites, pero una reflexión algo más profunda lleva a la conclusión de que los sistemas estatales, por más democráticos que sean, hacen recaer sobre el común de los mortales una carga de angustia que ni los fantasmas ni las novelas policíacas pueden igualar. Todos nos acordamos de aquellos grandes titulares, negros y terroríficos, en los periódicos durante la época de Munich -¿cuántas neurosis no tendrán sobre la conciencia!- pero la guerra de nervios que los amos del mundo están a punto de llevar a cabo en este momento en Londres contra la población del globo, por medio de la Asamblea General de la ONU, no es menos refinada. Dejemos de lado lo que tiene de inadmisibile el hecho de que cuatro delegados puedan jugar con la suerte de más de un millón de seres humanos sin que nadie encuentre en ello nada espantoso pero ¿quién dirá hasta qué punto es bárbaro y horrible, desde el punto de vista psicológico, el método por el que son regulados los destinos del mundo? La violencia psíquica, que parece ser el denominador común de las políticas que llevan a cabo países por otra parte tan distintos como Inglaterra y la URSS, es ya suficiente para calificar de inhumanos sus regímenes respectivos. Parece que para los regímenes autoritarios, ya sean democráticos o dictatoriales, los intereses del Estado acaban por llegar a ser un fin en sí ante el cual deba desaparecer el objetivo original de la política: favorecer los intereses de ciertos grupos humanos. Por desgracia, la defensa del elemento humano en política ha sido transformada en slogan vacío de sentido por una propaganda liberal que ha camuflado los intereses egoístas de ciertos monopolios bajo el velo de dogmas humanitarios empalagosos y sin gran contenido idealista, pero esto no puede naturalmente, por sí solo, poner en peligro la capacidad humana de adaptación, como quieren hacernos creer los propagandistas de la doctrina estatal.

El proceso de abstracción que ha experimentado el concepto de Estado durante los años es, para mí, una de las convenciones más peligrosas de todo el bosque de convenciones que el poeta debe atravesar. La adoración de lo concreto, de lo cual Harry Martinson se ha dado cuenta a lo largo de su viaje a la URSS, que era el meollo de la doctrina estatal (y que se manifestaba por los retratos de Stalin de cualquier tamaño o modelo) no era más que un atajo en el camino que lleva a esta canonización de lo Abstracto que forma parte de las características más espantosas del concepto de Estado. Es precisamente lo abstracto lo que, por su intangibilidad, por su emplazamiento fuera de la esfera de influencias, puede dominar la acción, paralizar la voluntad, entorpecer las iniciativas y transformar la energía en una catastrófica neurosis de la subordinación por medio de una brutalidad psíquica que puede, ciertamente, durante un tiempo, garantizar a los dirigentes una cierta dosis de paz, de confort y de aparente soberanía política, pero que no puede tener, a fin de cuentas, más que los efectos de un bumerang social. La compensación electoral que una sociedad estatal ofrece al individuo por la capacidad de acción de la que es privado es insuficiente en sí y lo será cada vez más a medida que su capacidad interior de iniciativa se vea comprimida. Los invisibles lazos que, por encima de las nubes, unen en una misma comunidad de destino, complejo pero grandioso, el Estado y las altas finanzas, los dirigentes con los que los manipulan, y la política con el dinero, infunden a la parte no-iniciada de la humanidad un fatalismo tal que ni las sociedades de Estado para la construcción de viviendas ni las novelas callejeras de Upton Sinclair han conseguido cortar.

Puede decirse pues que el Estado democrático de la era contemporánea representa una variedad completamente nueva de inhumanidad que en nada desdice a los regímenes autocráticos de épocas anteriores. El principio “dividir para reinar” ciertamente no ha sido abandonado pero la angustia que resulta del hambre, la angustia que resulta de la sed, la angustia que resulta de la inquisición social, al menos en principio, debe ceder el lugar, en tanto que medio de soberanía en el cuadro del Estado-providencia, a la angustia que resulta de la incertidumbre y de la incapacidad en la que se encuentra el individuo de disponer de lo esencial de su propio destino. Hundido en el fondo del Estado el individuo es presa de un sentimiento punzante de incertidumbre y de impotencia que recuerda la situación de la cáscara de nuez en el Maelström o aquella del vagón de tren, atado a una locomotora loca, dotada de razón pero sin posibilidad de comprender las señales ni de reconocer la entrada en agujas.

Algunos han intentado definir el análisis obsesivo de la angustia que caracteriza mi libro *La Serpiente* como una especie de “romanticismo de la angustia”, pero el romanticismo implica una inconsciencia analítica, una forma deliberada de ignorar cualquier hecho que no cuadrara con la idea que se hace de las cosas. Mientras que el romántico de la angustia, lleno de una secreta alegría al ver de súbito que todo concuerda, desea incorporar el conjunto en su sistema de angustia, el analista de la angustia lucha contra este conjunto, con su análisis como baluarte, poniendo al descubierto por medio de su estilete todas sus secretas ramificaciones. En el plano político, esto implica que el romántico, que acepta todo aquello que pueda alimentar las candelas de su fe, nada tiene que reprochar a un sistema social basado en la angustia e incluso se lo hace suyo con una fatal alegría. Para mí, que soy por el contrario un analista de la angustia, ha sido necesario, con la ayuda de un método analítico de sucesivas exclusiones, encontrar una solución dentro de la cual cualquier máquina social pueda funcionar sin tener que recurrir a la angustia o al miedo como fuente de energía. Es bien seguro que esto supone una dimensión política completamente nueva que debe ser desembarazada de aquellas convenciones que habíamos considerado como indispensables. La psicología sociológica debe darse como tarea destruir el mito de la “eficacia” del centralismo: la neurosis, causada por la falta de perspectiva y por la imposibilidad de identificar su situación en la sociedad no puede ser compensada por ventajas materiales puramente aparentes. El estallido de la macro-colectividad en pequeñas unidades individuales, cooperando entre ellas pero por otra parte autónomas, que preconiza el anarco-sindicalismo, es la única solución psicológica posible en un mundo neurótico donde el peso de la super estructura política hace tambalear al individuo. La objeción según la cual la cooperación internacional sería entorpecida por la destrucción de los distintos Estados no resiste el mínimo análisis; ya que nadie podría osar sostener que la política extranjera llevada a cabo, en el plano mundial, por los distintos estados haya contribuido a aproximar las naciones unas a otras.

Más seria es la objeción según la cual la humanidad no sería, cualitativamente hablando, capaz de hacer funcionar una sociedad anarquista. Quizá sea exacto hasta un cierto punto: el reflejo del grupo, inculcado por la educación, así como la parálisis de la iniciativa han tenido efectos absolutamente nefastos en un pensamiento político que se salía de los caminos trazados (es por esta razón que he elegido exponer mis ideas sobre el anarquismo principalmente bajo una forma negativa). Pero dudo que el autoritarismo y el centralismo sean innatos en el hombre. Creería más bien, por el contrario, que un pensamiento nuevo, que a falta de algo mejor yo llamaría primitivismo intelectual y que, mediante un fino análisis, llevaría a cabo una radiografía de las principales convenciones dejadas de lado por su antepasado el primitivismo sexual, acabaría por hacer prosélitos entre aquellos que, al precio, entre otras cosas, de neurosis y de guerras mundiales, quieren hacer coincidir sus cálculos con los de Marx, Adam Smith o el papa. Esto supone quizá, a su vez, una nueva dimensión literaria de la cual valdría la pena explorar los principios.

El escritor anarquista (a la fuerza pesimista al ser consciente de que su contribución no puede ser más que simbólica) puede, por el momento, atribuirse con buena conciencia el modesto papel de gusano de tierra en el humus cultural que, sin él, quedaría estéril a causa de la sequía de las convenciones. Ser el político de lo imposible en un mundo donde los políticos de lo posible son muy numerosos es, a pesar de todo, un rol que me satisface a la vez como ser social, como individuo y como autor de *La Serpiente*.

Stig Dagerman, 1946

STIG DAGERMAN, o la tragedia del genio

STIG DAGERMAN se ha suicidado. Así, simple y brutalmente, las agencias han dado la noticia. Según parece extraerse del resultado de la investigación policíaca, Stig consiguió acabar con su vida asfixiándose en el garaje de su casa con el óxido de carbono, repitiendo ya un gesto abortado en 1953. A los treinta y un años, en plena gloria, después de haber rehecho su vida, casándose en segundas nupcias con la actriz sueca, gracias al cine ya de fama mundial, Anita Björk.

Así concluye la noticia. Y nadie pregunta: ¿Por qué se ha suicidado Stig? Aparentemente estaba enfermo: una gran fatiga mental y nerviosa le había llevado ya a una clínica psiquiátrica en 1950. Pero para mí esa explicación no basta. ¿Por qué se ha suicidado Stig? ¿Por qué no ha podido triunfar de la enfermedad, de la crisis, de la vida, en suma?

El hecho de haberle conocido personalmente en 1950; de haber convivido con él; de haberme alojado en su misma casa; de conocer a su primera esposa y a sus hijos, el ambiente que le rodeaba; de haberme inclinado con curiosidad y con simpatía, con un poco de piedad y mucha admiración sobre el hombre y el escritor, sobre su drama presentido, sobre su gloria fulminante y su tragedia evidente, me dan el derecho de intentar escribir esta semblanza.

Stig surgió de nuestros medios. Empezó escribiendo en "Arbetaren" y ha terminado escribiendo siempre en "Arbetaren": una poesía diaria, durante muchos días y bastantes años. Cuando escribió su primer libro, "Ormen" -"La serpiente"- Stig no contaba todavía veinte años. Esa obra le colocó inmediatamente al frente de la juventud literaria sueca, agrupada alrededor de una revista titulada "40" y los números que a 40 seguían, a medida que pasaban los años que nos llevan de ese 40 a este 54. Su estilo, mezcla del simbolismo individualista de Ibsen con el pesimismo simbolista de Kafka, tenía sin embargo un sello personal, singular. Ya no era el adepto de una escuela, sino el creador de una nueva corriente literaria, impregnada de todo el nihilismo angustioso de esos terribles años. La generación del 40, de la que él se hizo el máximo exponente en Suecia, estaba, en efecto, marcada por todo lo que fueron y continuarán siendo en la historia los terribles años que han seguido a aquel 40 simbólico. Desesperación, pérdida de toda fe en el hombre, degradado, destruido como valor individual y colectivo, reducido a la más espantosa de las miserias en los campos de concentración. Pérdida de toda esperanza en los destinos de la humanidad, amenazada de destrucción por los mismos progresos de la ciencia -edad atómica, iniciada por el horror de la bomba de Hiroshima. Pérdida de todo impulso interior, de toda fe íntima en algo, en la eficacia y el apostolado de ninguna idea. He aquí la tragedia de la generación del 40, de la que fue máximo exponente Stig Dagerman en Suecia, sobre todo a través de su obra "La Isla de los Condenados".

Pero lo trágico, lo angustioso y lo grande del hombre, es que todo eso no fue para él nunca literatura. Sinceramente, la literatura tradujo un estado de ánimo, una crisis profunda de la conciencia: demasiado joven para saber esperar; demasiado absoluto en sus sentimientos y en sus pensamientos, Stig fue de los que, no pudiendo creer en Todo, no pudieron creer en Nada. Stig, en cierto modo, es el símbolo mismo del drama espiritual de la juventud moderna, herida de muerte moral, de muerte íntima, por lo que han sido las aberraciones y los horrores de la pasada guerra.

Además, por si ello no bastara en un espíritu nórdico, nacido y perdido entre las brumas y la nieve, nueve meses del año sepultado por las inclemencias del clima, faltado de sol exterior y de sol interior, en Stig había una exigencia interna permanente, extenuante, Stig quería superarse. A sí mismo se imponía un crescendo incesante en su creación artística. Desde “La serpiente” a “Otoño alemán”, el ascenso había sido constante. Pero después de “Otoño alemán”, considerada el mejor documento escrito sobre la Alemania de después de la guerra, obra dedicada todavía a Ana María, su primera esposa, hija de compañeros alemanes y educada en España, Stig sintió que su genio no le daba la inspiración necesaria para crear otra obra maestra. Absoluto también en esto, no aceptaba lo que, sin embargo, se ha producido en todos los escritores. Unos cuantos libros fundamentales, las “operas maggiori” de todo genio, y luego una multitud de “operas menores”, que acompañan generalmente la obra maestra. ¿Acaso Cervantes produjo otro libro tan importante como el Quijote? ¿Acaso Milton hizo obra parecida a “El Paraíso perdido”? ¿Dante produjo algo superior a “La Divina Comedia”? Sólo Shakespeare aparece con unas cuantas obras robustas y de talla parecida. Pero Stig las tenía escritas ya: “La isla de los condenados”, “La serpiente”, “Otoño alemán” no desmerecían la una de la otra.

Mas él aspiraba a una proyección constante, siempre en superación, de su genio sobre el mundo. El día que se sentó ante su mesa y su cerebro se negó a funcionar como él quería; el día que tuvo que rasgar, por mediocres, según él, unas cuartillas, se produjo su primera crisis. Erró unas horas por los bosques: en “Arbetaren” esperaban sus cuartillas, y en lugar de ellas fue la noticia de que Stig, medio atontado, medio amnésico, había debido ser llevado a una clínica, lo que llegó a la redacción del diario.

¿Me estará permitido inclinarme también, con inmensa lástima e infinita tristeza, sobre el hombre y su drama?

Stig comenzó a escribir muy joven y se casó todavía más joven. Amores casi infantiles con Ana María, la hija de Fernando y Elly Götze, mi intérprete y mi compañera de excursión por Suecia. Los dos nacieron juntos a la vida del corazón y del sexo. Pronto un hijo selló esta unión. Y pronto también vino la gloria. Y con la gloria, todas las solicitudes de la vida para Stig. Las mujeres le perseguían literalmente, como persiguieron antaño a Carlyle, a Lord Byron, a Shelley, a Víctor Hugo, ¡qué sé yo! A todos los hombres que, por su belleza, su inteligencia o su fuerza, consiguen ser saludados por las trompetas de la fama.

Ana María era la compañera, la madre de sus hijos, el ama de llaves de su casa, la secretaria, la cocinera, todo cuanto de humilde y de generoso, de abnegado y de oscuro puede ser una mujer para un hombre célebre. ¡Cuántas veces la comparé a la mujer de Carlyle!

Porque Stig, aparte de su genio y quizá a causa de su genio, era un hombre absolutamente incapaz de luchar con la vida, por la vida y en la vida. Era más inútil y más indefenso que un niño. Veo aún sus grandes ojos luminosos, con un fondo de insondable tristeza, su gran frente de pensador y su sonrisa silenciosa. Era un taciturno, que en todas partes se sentía extraño y cohibido. Sólo era él en su estudio, lleno de libros y de cuadros, bañado de luz, rodeado de bosque, donde yo pasé noches maravillosas, noches de sol, en esa prodigiosa primavera sueca en que el astro que muere se reúne con el astro naciente.

Este solitario, lanzado por la gloria en pleno torbellino del mundo, ¿qué papel podía jugar en él? Había de ser forzosamente víctima de las rivalidades, de las intrigas, de las pasiones.

El largo y callado sacrificio de Ana María estaba también condenado a tener un fin. Ella soportó muchas cosas, porque le comprendía, le amaba, sabía que sin ella Stig sería un naufrago en medio de una tempestad. Pero llegó un momento en que Ana María estuvo obligada a esfumarse, a ceder su sitio a otra mujer; a abandonar el hogar de Stig, para que Stig pudiese rehacer su vida. El hogar -la hermosa casa donde yo estuve un día, alegrada por los gritos y las risas de los niños- está vacío. Ana María y los dos hijos de Stig viven cerca de los abuelos y Stig en otra casa, con Anita Björk. Ana María le acompañó y le sostuvo mientras no hubo otra mujer con derechos adquiridos sobre Stig; mientras pudo cerrar los ojos ante las aventuras pasajeras. Pero llegó un instante en que la propia conciencia le dictó el deber, el último sacrificio a realizar para la felicidad y el porvenir del hombre que había amado con su primer amor de niña y de mujer.

Pero, ¿qué habrá sido de Stig sin Ana María, sin ese brazo seguro sobre el cual apoyarse, sin ese corazón femenino, que fue para él la madre que no conociera? Porque eso fue, sobre todo, Ana María para Stig: la mujer-madre del hombre-niño, marcado cruelmente por el genio, por él exaltado y reducido.

Toda la vida de Stig está aureolada de tragedia. Hijo de una familia humilde, su infancia fue triste y penosa. Su madre murió cuando él era muy joven; no pudo hacer estudios muy intensos y en plena adolescencia la vida de la organización le atrajo e hizo de él, antes de ser un escritor, un militante. Stig guardaba una gran admiración y un profundo afecto por Alberto Jensen, al que consideraba su maestro.

Pero cuando apareció “Ormen”, fue la revelación al gran público; fue la gloria inmediata. Stig ha sido traducido a todas las lenguas europeas, aparte, quizá -no estoy segura de ello- el español. Y no porque la fama de Stig Dagerman no haya llegado a España, sino porque el fondo social de sus obras y, sobre todo, su origen obrero y libertario, le habrán hecho autor colocado en el Índice franquista.

¿Qué podía desear más este hombre, en plena juventud, famoso en todo el mundo, amigo de los escritores más distinguidos de Europa y de América? Se carteaba con Albert Camus, con Malraux, sostenía correspondencia con Hemingway, con Faulkner, con John Steinbeck, con una multitud de maestros de la literatura universal, que le saludaban, viendo en él, no ya un igual, sino al joven genio destinado a ser la encarnación de la segunda parte del siglo XX.

Y, bruscamente, Stig ha cortado todas las amarras. El atormentado, el taciturno, el desesperado, el hombre en búsqueda angustiosa y constante de perfección, el enamorado de lo absoluto, el insatisfecho eterno, se ha evadido de la vida. ¿Por qué, oh, por qué?

Recuerdo que el último día pasado en su casa, Stig, dispensándome un honor raro en él, me pidió que escribiese un pensamiento para el libro que hay en todas las casas suecas, destinado a recoger un recuerdo de los visitantes estimados. Y escribí un pensamiento que voluntariamente quise que fuera una afirmación de esperanza, de fe, de confianza en el mañana; una afirmación de vida, triunfante de todo y de todos; una afirmación de victoria, pese a todo y contra todo. Stig lo leyó por encima del hombro de Ana María, me miró y se sonrió. En sus ojos había como un agradecimiento tácito, inexpresado con palabras, pero tan elocuente y tan patético en la expresión de la mirada, que ahora me acuso de no haber entretenido más esta amistad, de no haber seguido a Stig en sus avatares tan complicados y tan inciertos, de no haber continuado afirmando para él la fe en todo lo que a mí me ha sostenido y a él le ha faltado. Porque faltaba el fuego de la sangre, el fuego del clima, el fuego de la raza. Porque en él ha faltado el amor dionisiaco de la vida, indestructible en los pueblos latinos.

¡Cuánto los admiraba y los quería él estos pueblos latinos! Todos sus viajes tuvieron como etapa final el Mediterráneo. Como Byron, como Brandes, como Bjoerson Bjoernstjerne. Como

todos los hombres del Norte atraídos constantemente por el sol de Italia y de España. De sus dos hijos, el preferido era René, el mayor, porque es moreno, inquieto, vivaz, revoltoso, verdadero tipo latino. En el segundo, Rainier, veía él otra vez el Norte, los ojos azules, los cabellos rubios, el gran frío y la gran tristeza de los inviernos sin fin.

Su cerebro se ha apagado para siempre. Y su alma de niño, atormentada y tormentosa, enferma de nostalgia, enferma de absoluto, enferma de anhelos de perfección insatisfecha, enferma de la vida absurda, repugnante, triste, ha dejado de sufrir. Pero no puedo pensar, sin un gran dolor en las entrañas, en los gestos lentos, precisos; en la gran desesperación silenciosa de este taciturno, cuando se preparó para morir. ¿Nadie pudo salvarle, correr, abrir el garaje, airear sus pulmones, devolver a la vida el pensamiento que se apagaba, el corazón que dejaba de latir, el cerebro que se paralizaba, el genio que se evadía de ese mundo para el que no estaba preparado, en el que no podía vivir? ¿Dónde estaba Anita Björk? ¿Dónde estaban las mujeres que le acosaban, que le fueron robando, una a una, a Ana María y su amor de mujer y de madre, su gran protección comprensiva y sincera, su pasión sublimada, convertida en piedad y en sacrificio?

Soledad espantosa de esta muerte, hermana de la soledad interior, desolada y conmovedora, de esta vida. Stig era el solitario nato, el hombre condenado a no poder sentir la compañía de nadie, por razones psicológicas, físicas, por insuficiencia individual e insuficiencia colectiva. Stig era el predestinado para esta evasión temprana, para este brusco rompimiento con la existencia. Su alma, en carne viva, sufría más agudamente que las otras las heridas infinitas que a cada paso los demás seres nos infringen. Su sensibilidad de niño no pudo hacer corteza. Su imposibilidad de contacto y de comunión con los demás seres, cuya fealdad y cuya miseria le horrorizaban, le aisló trágicamente dentro de sí mismo. Y cuando le faltó la única comprensión activa, la única ternura que sustituyó a la de la madre muerta, Stig estaba condenado a desaparecer.

En las mitologías greco-latinas, los dioses llaman pronto a los hombres elegidos. Se los llevan al Olimpo en plena juventud y en plena belleza. Para este hombre del Norte, en pena siempre de calor y de sol, soñando siempre con el sol de España, y el sol de Italia, y el sol de Grecia, la vida se habrá interrumpido dentro de la más pura tradición helénica. Habrá muerto joven, cuando aún ninguna arruga había mutilado su hermosa frente, cuando su cuerpo de atleta era todavía musculoso y perfecto. Como Shelley, como Lord Byron, como Keats, como Guyau, como Emilia Brontë, como Katherine Mansfield, como Isadora Duncan, como Mariano José de Larra.

¡Triste sino de los poetas, en un universo donde el hombre medio constituye la mayoría y ha organizado la sociedad a su imagen y semejanza! No hay sitio en la vida para los seres que no se ajustan a ese canon de medianía, que no son capaces de conformarse a él, de reducir sus aspiraciones y de refrenar su sed de infinito. No hay sitio en la vida para los que son incapaces de vivir, abnegadamente, creyendo en la Humanidad, aún a pesar de ella. Esta fe le faltó también a Stig. ¡Tantas cosas le faltaron, pobre niño todavía, que no pudo aprender a adaptarse y no pudo vivir lo suficiente para amar la vida a pesar también de ella!

Con Stig Dagerman desaparece uno de los valores más interesantes de las letras escandinavas. Toda la prensa de Suecia lo ha reconocido unánimemente. En Dinamarca y en Noruega se llora la muerte de Stig Dagerman como una pérdida irreparable.

Era uno de los nuestros. Salió de nuestras filas y estuvo siempre en contacto con ellas, fiel a sus primeros amigos, sus compañeros y sus maestros. Lloremos la muerte de este hombre joven, inteligente y sensible, profundamente desgraciado, digno de vivir y de realizarse según sus voluntad y su deseo, como lloraríamos la de un hermano o la de un hijo muy queridos.

Federica Montseny, 1954

¡CUIDADO CON EL PERRO!

«Es sin embargo lamentable que gente que vive de la ayuda social tenga un perro», acaba de declarar un concejal de Värmland.

La ley es ciertamente imperfecta:
da a los pobres derecho a un perro
¿Por qué no se procuran una rata?
Es graciosa y no cuesta dinero

He ahí gente que en su casa
cuida a un perro toda su vida.
Por qué no jugar con moscas
que son también de excelente compañía

La comuna es la que paga.
Se ha de acabar esta breva
sino, veréis que pronto
querrán tener una ballena.

Yo, de medida, no veo más que una:
matar todos los perros. O, sin dudar,
para salvar a los últimos de la comuna,
es a los pobres a quienes se habrá de matar.

Última entrega de Stig Dagerman al periódico Arbetaren.
5.11.1954